

y clava vertical, bajo su quilla,
el ancla—imán feliz—por donde entro.

Ya estoy aquí, enrólame barquera,
grumete nuestro amor, el oceano
cruzaremos con brisa marinera.

Tú y yo, nosotros, nave de alegría,
rumbo a tu estrella, niño de la mano,
imán feliz, barquera, novia mía.

NAVEGANTE

A Fausto Botello.

Rumbo al confín, no advierto la sonora
lengua de plata de la boca honda,
que me habla de la tierra, que es redonda,
y canta la medida de mi eslora.

La quilla de mi nave, trilladora,
pasa en los mares ronda y contrarronda,
camina cierta sin lanzar la sonda,
nave de sueño, caja de Pandora.

¿Qué Cruz del Sur, Polar, la escotadura
franquea del horizonte? La balanza
verde se ciñe a una y otra amura.

Columpio de cristal, fértil bonanza,
marcada por Amor mi singladura
rumbo al confín navega mi esperanza.

M. GARCÍA VIÑO

CAMPAÑA PRO COLON ESPAÑOL

COLON ESPAÑOL..., A PESAR DE TODO

RECIENTEMENTE ha caído en mis manos un librito, sumamente detallado e instructivo, de D. Ramón Menéndez Pidal, relativo a la lengua de Cristóbal Colón, que viene a completar en cierto modo las viejas noticias que sobre el nacimiento del glorioso Almirante del Mar Océano, me proporcionó la «Historia de España en América», de D. Nicolás Espinosa, generosamente premiada por ABC, y publicada en 1930.

Esta última caudalosa obra demuestra hasta la evidencia (en su página 104 y siguientes, que Colón era español; contra lo que se viene asegurando, por muchos, hace cinco siglos nada menos, y dándole aire, en Italia y en América principalmente, con magnas y ruidosas ceremonias propagandísticas; mientras nosotros nos contentamos con dedicar algunos discursos, de pura fórmula, al genial descubridor español, al pie de su estatua de la Castellana, o en algún centro oficial cerrado.

Algunos escritores españoles, documentadísimos por cierto, han ido más allá, demostrando palmariamente, como lo hace sobre todo D. Prudencio Otero Sánchez en su «España, Patria de Colón», que Colón era, no sólo español, sino precisamente gallego y pontevedrés por añadidura...; obra agotada hoy, o muy poco conocida, que recopila las noticias reunidas y publicadas desde 1913, por Don Celso García de la Riega y Don Casto Sampedro, en España y Don Rafael Calzada en América, una de cuyas conferencias, en Asunción del Paraguay, llamó de tal manera la atención, que no solamente le felicitó aquel gobierno sino que le ofreció que sería rectificado «el error» en todos los libros de enseñanza...; lo que con mayor motivo debiera hacerse, pues nunca es tarde, en todos los libros de nuestras escuelas.

Pero volvamos al notable trabajo «La lengua de Cristóbal Colón» del ilustre Director de la Real Academia Española, que defiende el tradicional criterio de Colón-Genovés; pero con tan poca fortuna, a pesar de sus vastísimos conocimientos lingüísticos, o tan íntimamente convencido de la razón que asiste a los gallegos, que acababa por convencernos, de que, si acaso, sería portugués (llámeme H) —pero no italiano «Quot erat demonstrandum», precisamente.

Véase, sino, como empieza el interesante librito en la colección «Austral», de Calpe, edición de 1947:

«Al querer formarme una idea de la lengua usada por Colón, en los muchos autógrafos que de él se conservan, lo primero que saltó a mi vista fué el hecho inesperado de que el gran descubridor usase el español antes de ir a Castilla».

Y añade, con no escasa inconsecuencia: «El interés inquietante (?) de esta primera observación no me llevó ni por un mo-

mento, a la demasiado vulgarizada hipótesis de Colón español. No perdamos tiempo en ella...» (¡Antes morol!).

Luego añade: «Parece difícil decir donde pudo aprender Colón este español deficiente, que ya escribía antes de establecerse en España. Sabemos poco de su juventud. Todas las noticias que de él nos dió, o dieron sus allegados, obedecen a una necesidad de simulación para poseer Colón, dignamente, el cargo de Almirante, necesita suponer estudios en la Universidad de Pavía, que nunca hizo; necesita hazañas marítimas, que nunca realizó, al servicio del Rey Renato de Anjou, o del Almirante francés Coulon el Mozo... Como la raposa borra su rastro con el rabo, así Colón quiso borrar su juventud...»

¿Por qué entonces vamos a creerle a pies juntillas, Sr. Pidal, cuando asegura que es genovés, (casualmente entonces los mejores marinos), en vez de gallego semijudío, y por tanto de raza proscrita en aquella época? ¿No le parece que la «necesidad de simulación» le era más necesaria en su origen que en nada?

«En cuanto al italiano —prosigue el Sr. Pidal— Colón no lo usa en ninguno de sus muchos relatos y documentos. A su patria Génova (?) escribe siempre en español; por ejemplo al Oficio de San Georgí, o a Nicolo Oderigo, empleando un tono íntimo e insertando un refrán español. De igual modo al padre Gorrício de Novara; que vivía en Sevilla y publicaba obras piadosas en latín, Colón le escribe continuamente en español.»

¿Qué explicación cabe dar a este otro hecho extraño? Pregunta preocupadísimo, el Sr. Menéndez Pidal, en la página 23 de su magnífico, aunque involuntario alegato a favor de la tesis patriótica de Colón—español.

Lo extraño, lo rarísimo es que sus propios argumentos no le convengan, como habrán convencido a la mayoría de sus lectores...; aunque no hayan leído ni una sola página de las ya citadas obras españolas y americanas, que rebaten punto por punto, y con éxito completo, la tesis italiana, de un Colombo tejedor de paños de padres a hijos que, súbitamente inspirado, se transforma en un intrépido marino y se lanza a desafiar las ignotas furias del Mar Tenebroso, con un puñado de arrojados videntes como él; que no todos seguramente habían nacido en Génova... ni los monarcas que los protegieron, tampoco, por supuesto.

Asunto es este que aunque no pueda alterar en nada la magnitud e importancia universal de la asombrosa gesta (española y no latina), debiera ser aclarado aunque pesen sobre él cinco siglos de prejuicios y enseñanzas escolares, sobre la deleznable base de sospechosos documentos, y genealogismos más o menos inventados y hasta de lo que la elegante pluma del Sr. Menéndez Pidal ha bautizado de «necesidades de simulación», del propio Almirante.

ALGUNAS DIVAGACIONES ACERCA DE LA JUVENTUD Y LA AMISTAD

NOSOTROS—mas cada día—discrepamos hasta lo inconciliable, consiguiendo, cuando esto ocurre, neutralizarnos de tal modo que acabamos por hacer del plural sustantivo un singular ambiguo. Pero... Aclaremos: Al decir *nosotros* ha de entenderse que se habla de *Juan el estudiante* y *Roque el de las coplas* refundidos en la firma que cierra estas divagaciones. Ello es indispensable que lo sepa el lector al hacerle saber que tales discrepancias han llegado a ser continuas, venenosas y tanto más graves cuanto que ni Juan puede separarse de Roque ni Roque puede desprenderse de Juan; que nada puede hacer, pensar ni sentir cada uno de ellos que pase inadvertido para el otro, ni hay modo de eludir mutuas ingerencias en lo que de cada uno es privativo. Ambos, cada uno a su modo, tienen pujos de literato (adolecen de ese vicio), escriben *cosas* y—aunque mal avenidos casi siempre—han venido colaborando hasta ahora, lo cual, por lo dicho, va ya resultando sumamente difícil. Es claro que si llega a hacerse imposible, se acabó. Juan y Roque se habrán hundido en el mismo hoyo, el mismo día y a la misma hora. La agarrada postrera ha sido de órdago. Toda la noche se la han pasado discutiendo de la manera arbitraria, desorbitada e incoherente que va a evidenciarse.

ESCENA UNICA

Juan y Roque se hallan postrados en el mullido lecho. La alcoba está completamente a oscuras. Ha sonado el kikirikí de media noche.

JUAN.—(Sacando la barba del embozo). Ya leíste lo que nos dice Salustiano. Creo que se nos está haciendo viejo. Se enfurruña con la gente joven y gruñe de la amistad. Hemos de ver de atenuar su pesimismo exaltando la Amistad y la Juventud. Discurre algo. Es un tema bonito. ¿Me oyes?

ROQUE.—(Arropándose hasta la coronilla) ¡Vete al guano y déjame dormir! ¡Valientes tipos, Salustiano y tú!

JUAN.—(Sacando la barba un poco más). ¿Qué hay de Salustiano? ¡Un camarada que a los catorce lustros baila la raspera que es un primor y entiende eso de la pelota como un árbitro de campanillas! ¿No te da vergüenza negarte a que